

Formas de representación en el sistema político argentino. Partidos políticos y movimientos sociales a comienzos del siglo XXI¹

Germán Soprano²



“Pera, puesto que es mi intención escribir algo que resulte de utilidad para quien lo comprenda, me ha parecido más conveniente seguir a la verdad real de la cosa que a su imagen. Y muchas han fantaseado con repúblicas y principados que jamás han existido ni visto en parte alguna. Porque hay tal distancia entre cómo se vive y cómo se debería vivir que aquel que abandana lo que se hace por lo que se debería hacer más presto aprende cómo llega su ruina que su conservación”.

Nicolás Maquiavelo. *El Príncipe.*

En la historia política argentina del siglo XX han coexistido y rivalizado distintas formas de representación de grupos de la sociedad civil en y ante el Estado. Waldo Ansaldi (1993) considera que la debilidad de nuestro sistema reside en el predominio de formas de representación corporativa (expresada en la representación de intereses a través de sindicatos, cámaras empresarias, Fuerzas Armadas y de Seguridad, y de la Iglesia Católica) sobre las formas de representación partidaria, que presupone más acordes con el desarrollo una democracia pluralista. La alternancia de gobiernos dictatoriales y democracias débiles o restringidas respondería a esta configuración del sistema. Quizá resulte paradójal

■ Esta comunicación refiere a la producción de formas de representación, continuando reflexiones efectuadas por Torcuato Di Tella y Juan Carlos Portantiero, y tomando en consideración sucesos ocurridos con posterioridad a la realización de sus conferencias. Agradezco a María Cristina Tortti y Laura G. Rodríguez los comentarios que efectuaron sobre esta comunicación.

²Doctor en Antropología Social / Profesor Adjunto (a cargo) de Teoría Política del Departamento de Sociología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. E-mail: laurarod@arnet.com.ar

que este escenario político haya sido dominado por dos estructuras e identidades partidarias excluyentes: la Unión Cívica Radical o el “radicalismo” y el Partido Justicialista o el “peronismo”; sin embargo, la organización y socialización política de dirigentes, militantes y adherentes de ambos partidos no fue ajena a dicha configuración, pues estuvo atravesada por la intervención de grupos corporativos (mencionados arriba) y también de grupos no corporados (Wolf, 1980) como las facciones constituidas a partir de redes de relaciones personalizadas de alianza y clientela política (Soprano, 2003). Puede decirse, entonces, que la Argentina no posee un sistema de partidos con una arena política competitiva (Cavarozzi y Garreton, 1989), pero es una sociedad nacional caracterizada por fuertes y persistentes identidades partidarias (Tcach, 1996).

Desde la década de 1980, los denominados nuevos movimientos sociales (Touraine, 1984, Offe, 1988) han sido percibidos por diversos analistas como actores con creciente protagonismo en el sistema político argentino (Jelin, 1985, Battistini, 2002, Svampa y Pereyra, 2003). Considerados organizaciones expresivas de formas de representación “alternativas”, que favorecen el ejercicio de la participación directa de los ciudadanos en los asuntos públicos, ofrecerían un potencial de representación democrática cualitativamente superior en comparación con las anteriores formas definidas como “tradicionales”. Las organizaciones de desocupados y las asambleas barriales, que alcanzaron notoriedad pública tras la crisis política del 19 y 20 de diciembre de 2001, se cuentan entre estos actores colectivos. Su protagonismo está asociado con la crisis de la matriz Estado-céntrica (Cavarozzi y Casullo, 2002) que en la Argentina del siglo XX fue fundamental en la organización de la vida política, social y económica en los niveles nacional, provincial y municipal, y con la incapacidad de los partidos políticos de articular y representar intereses individuales y colectivos de la sociedad civil.

Dado este cuadro de situación, quisiera realizar algunas reflexiones a propósito de la tan mentada “crisis de representatividad de los partidos políticos tradicionales y del bipartidismo”. Una primera cuestión a destacar es que dicha crisis coincidiría con un período de consolidación del sistema político democrático (situación original en la historia latinoamericana del siglo XX) y de creciente exclusión social; esta última como consecuencia de la agonía de las políticas de bienestar y la implementación de reformas neoliberales. La ejecución de esas reformas durante las gestiones presidenciales de Carlos Menem (1989-1995 y 1995-1999) recibió legitimidad política de la sociedad, fundamental-

mente en las elecciones presidenciales de 1995, que refrendaron las políticas económicas diseñadas por el ministro de economía Domingo Cavallo (Palermo y Novaro, 1996). La Alianza entre la UCR y el Frente País Solidario –Frepaso–, que se impuso en las elecciones nacionales de 1999 levantando un programa de renovación moral de la política, continuó con las políticas neoliberales, al tiempo que su experiencia de gobierno y legislativa no se condijo con su declamada vocación reformadora (Novaro, 2002). La derrota del oficialismo y un incremento histórico en el porcentaje del ausentismo electoral y de los votos en blanco y anulados en los comicios de septiembre de 2001 fueron interpretados por diversos analistas no sólo como un fracaso de la gestión presidencial de Fernando de la Rúa, sino como un signo inequívoco de la crisis de representación y legitimidad de los partidos políticos (Cheresky y Blanquer, 2003). El fin del gobierno de la Alianza se desencadenó durante la protesta popular de diciembre de ese año, con epicentro en la ciudad de Buenos Aires, el Conurbano Bonaerense y Rosario.

Durante la primera mitad del año 2002, las protestas callejeras de las organizaciones de desocupados, ahorristas y las asambleas vecinales fueron objeto de atención de científicos y analistas políticos. Estos actores alcanzaron visibilidad pública como abanderados de la consigna “¡Que se vayan todos!”; una consigna que también fue alentada por organizaciones partidarias de la izquierda tradicional y por el partido Alternativa para una República de Iguales –ARI. En tanto que –salvo excepciones– carecieron de atractivo para las investigaciones académicas la movilización y participación de dirigentes, militantes y adherentes del peronismo del Conurbano en protestas contra el gobierno de la Alianza y en la organización de apoyos partidarios a la presidencia interina de Eduardo Duhalde (entre enero de 2002 y mayo de 2003). La agenda de los estudios académicos quedó unilateralmente absorbida por el protagonismo de los nuevos movimientos sociales, cuya sola presencia pública era tenida como una confirmación de la hipótesis de crisis de los partidos políticos y la emergencia de una nueva cultura política.³ Adicionalmente, la campaña electoral con vistas a los comicios presidenciales del 27 de abril de 2003 fue leída como una demostración de la hipótesis de “crisis del bipartidismo”. El peronismo, tras frustrarse las internas partidarias para elegir candidatos presidenciales, concurrió con tres

■
³ En algunos casos, la amplia difusión y popularidad que gozan analistas y promotores de las formas de resistencia social antiglobalización –como Naomi Klein, Toni Negri, Michael Hardt y John Holloway– entre científicos e intelectuales locales, ofrecieron remozados y elegantes argumentos teóricos de alcance internacional a las interpretaciones telúricas sobre la crisis de la llamada “política tradicional”.

fórmulas: Menem-Romero, Kirchner-Scioli y Rodríguez Saá-Melchor Posse. Los dirigentes, militantes, adherentes y simpatizantes del radicalismo distribuyeron su apoyo entre la fórmula “oficial” partidaria encabezada por Moreau-Losada, otra en la que participaba el dirigente radical bonaerense Melchor Posse, y las de dos noveles partidos políticos, Movimiento Federal Recrear (centro-derecha) de Ricardo López Murphy, y el ARI de Elisa Carrió (centro-izquierda). Al igual que la Unión de Centro Democrático y el Partido Intransigente en la década de 1980, Acción para la República y el Frepaso en los años noventa, Recrear y el ARI introdujeron una brecha en el bipartidismo y favorecieron la constitución de un sistema pluralista y competitivo. Contra algunas previsiones que anunciaron un recrudescimiento de la apatía electoral del año 2001, en las elecciones presidenciales de 2003 concurren alrededor del 80% de los electores, quienes mayoritariamente votaron de forma positiva por algún candidato. Las fórmulas del PJ obtuvieron sumadas el 60% de los votos (el 24%, el 22%, el 14%, respectivamente); mientras que Recrear, el ARI y la UCR el 17%, el 15% y el 2,5%.

¿De qué estamos hablando, entonces, cuando decimos “crisis de representatividad de los partidos políticos tradicionales y del bipartidismo”? Básicamente referimos a una desarticulación entre las formas de organización, de socialización y las propuestas políticas promovidas desde las estructuras partidarias dominantes en el siglo XX –UCR y PJ– y las expectativas de los actores de la sociedad civil que legitiman y actualizan su representación con su activismo político y/o a través de su voto en los comicios. ¿De esta afirmación se sigue que los partidos políticos están en crisis? La crisis de representatividad –tal como la definimos aquí– afectó negativamente la relación de los partidos políticos con algunos importantes segmentos del mercado electoral; no obstante, la estructura partidaria del PJ (en los niveles nacional, provincial y municipal) y de la UCR (sobre todo a nivel provincial y municipal) parecen revestidas de una consistencia institucional y cohesión identitaria que no se condice con una menguada capacidad para articular y representar intereses de la sociedad. Vale decir, todavía siguen integrando a amplios sectores sociales en sus redes partidarias y captando el voto mayoritario de los electores en casi todas las jurisdicciones provinciales de la Argentina (con la excepción de la Ciudad de Buenos Aires y las provincias donde los partidos provinciales tienen una histórica primacía).

Con relación al peronismo, en las provincias extrapampeanas en las elecciones de 2003 sus tres fórmulas presidenciales se alzaron con una abrumadora mayoría. Asimismo, si concurrió dividido a las elecciones de presiden-

te y vice, en la coyuntura política inmediata se produjo una rearticulación de dirigentes y militantes detrás de liderazgo de Kirchner, actualizando una *dinámica de alineamiento con el líder* vencedor que cuenta con antecedentes en la cultura política de este partido carismático; y también debido a que –independientemente de la adscripción política de los responsables del ejecutivo nacional y provinciales– los gobernadores siempre negocian y acuerdan con el presidente de la nación y sus ministros la apropiación y distribución de recursos nacionales y federales, fundamentales para la producción y actualización de relaciones políticas en el nivel local.

Respecto de la UCR, el escaso 2,5% de votos obtenido por la fórmula presidencial en el 2003 representó el tiro de gracia a una anunciada crisis partidaria que todavía no parece encontrar fondo, abierta durante el gobierno de Fernando de la Rúa, estremecida por su caída en diciembre de 2001, y acrecentada tras una elección interna en la que los candidatos en disputa (Moreau vs. Terragno) se acusaron mutuamente de cometer fraude. Sin embargo, no ha sido la primera elección presidencial en la que la UCR registra una mala performance, pues en 1995 la fórmula encabezada por Horacio Massaccesi obtuvo 15,8% de los votos, siendo superada por la del PJ (encabezada por Menem, con el 49,89%) y la del Frepaso (por José O. Bordón, con el 35%); poco después obtendría resonantes triunfos en los comicios de 1997 y 1999 conformando una alianza con el Frepaso. Por otra parte, durante la segunda mitad de 2003, la UCR recuperó protagonismo imponiéndose en las elecciones provinciales de Tierra del Fuego, Río Negro, Catamarca y Chaco, y obteniendo el módico 37% de votos en Córdoba y alrededor del 10% en la provincia de Buenos Aires.

Para finalizar, estas reflexiones pretenden reivindicar la necesaria producción de investigaciones de base empírica sobre los partidos políticos en la Argentina actual (y no sólo sobre los nuevos movimientos sociales), reinstalándolos en el centro del debate sociológico y político presente. El PJ y la UCR todavía son estructuras políticas fundamentales en la producción de la representación de intereses de la sociedad, en la organización y socialización de dirigentes, militantes y electores en los niveles municipal, provincial y nacional, y en la formación de cuadros de conducción para distintos ámbitos de la gestión estatal. Por ello, sorprende que en las elecciones nacionales de 2003 la atención de los analistas de la política –periodistas y científicos– se haya situado de forma excluyente en la volatilidad y dispersión del voto de la ciudadanía en cinco fórmulas presidenciales, siendo menos atendida y escasamente estudiada

en casos concretos la persistente identidad y movilización de electores encuadrados en estructuras partidarias “tradicionales” del peronismo y el radicalismo. Y cuando esta persistencia fue reconocida se la asoció unívocamente a la producción de redes personalizadas de alianza y clientela –una de las formas fundamentales, pero no exclusiva, en que se actualiza la organización e identidad en ambos partidos. La existencia de estas redes fue explicada unilateral y apriorísticamente como un simple intercambio de votos, bienes y servicios entre individuos que actúan según el ideal de hombre económico de la teoría de la utilidad marginal, o bien como una supervivencia de formas de sociabilidad premodernas asociadas con la “política tradicional” de los “caudillos del interior provincial” y/o la “política de los pobres” en el Conurbano Bonaerense. Por mi parte, considero que un análisis comprensivo de estas formas de organización y socialización partidarias debería aprehender los sentidos invertidos por los actores en situaciones sociales concretas e interviniendo activamente en su producción, observándolas como construcciones históricas y cambiantes de compromisos e intercambios sociales, económicos, políticos y morales entre individuos de igual y/o desigual *status*, anclados en culturas políticas partidarias influyentes, desplegados en y a través de distintos niveles de la vida política (municipal, provincial y nacional), abarcando diferentes sectores de la sociedad (incluso los más encumbrados en una clasificación socioeconómica), y articulándose con formas programáticas, corporativas y mediáticas del ejercicio de la política.

De este modo, la perdurable presencia del PJ y la UCR en la política actual se explicaría por el efectivo despliegue de esta pluralidad de estrategias por parte de sus dirigentes, militantes y adherentes en la construcción cotidiana del poder político. Sus analistas deberían explorar una comprensión situacional de estas estrategias mediante el recurso a investigaciones empíricas microsociológicas (y no sólo en la Ciudad de Buenos Aires y localidades del Conurbano Bonaerense) y sirviéndose de perspectivas no apriorísticas, pues una mirada excesivamente comprometida con modelos macrosociológicos generalizantes y con las preferencias político-ideológicas del investigador no constituye el mejor aliado para reconocer las representaciones y prácticas de los actores en su propia lógica y en contextos históricos determinados. Así pues, si como ciudadanos la persistencia del clientelismo partidario quizá ofende nuestra sensibilidad republicana, democrática e igualitaria, como científicos no seguiremos dándole batalla reduciendo su estudio a una ecuación hermenéutica

simplista, ni proclamando a los cuatro vientos el inevitable ocaso del “bipartidismo” y la definitiva “crisis de representación de los partidos políticos tradicionales”. Al fin de cuentas, ninguna ciencia puede asegurarnos la legitimidad de las ideas y los valores que defendemos, ni ofrecernos certezas sobre el pasado y el futuro, frente a los avatares de un presente incierto; pues, como decía el viejo Max Weber, en un mundo carente de sentidos últimos, si la política es el ejercicio de la voluntad dirigido a la realización de valores, entonces a la ciencia le resta el desapasionado desafío de intentar comprender los sentidos invertidos por los individuos en esa tarea.

Enviado para su publicación el 5 de octubre de 2003

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ansaldi, Waldo, (1993). “¿Un caso de nomenclaturas equivocadas? Los partidos políticos después de la ley Sáenz Peña. 1916-1930, en W. Ansaldi; A. Pucciarelli y J. C. Villarruel (eds.). *Argentina en la paz de dos guerras. 1914-1945*, Buenos Aires, Editorial Biblos, pp. 19-64.
- Auyero, Javier, (2001) *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Buenos Aires, Ediciones Manantial.
- Battistini, Osvaldo, (coord), (2002) *La atmósfera incandescente. Escritos políticos sobre la Argentina movilizada*, Buenos Aires, Asociación Trabajo y Sociedad.
- Cavarozzi, Marcelo y Casullo, Esperanza, (2002) “Los partidos políticos en América Latina hoy: ¿consolidación o crisis?”, en M. Cavarozzi y J. M. Abal Medina (h) (comps). *El asedio de la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario, Konrad Adenauer Stiftung-Homo Sapiens Ediciones, pp. 9-30.
- Cavarozzi, Marcelo y Garretón M., (1989) *Muerte y resurrección. Los partidos políticos en el autoritarismo y las transiciones del Cono Sur* Santiago de Chile, Ediciones FLACSO.
- Cheresky, Isidoro y Blanquer, Jean-Michel (comps), (2003) *De la ilusión reformista al descontento ciudadano. Las elecciones en Argentina, 1999-2001*, Rosario, Instituto de Investigaciones Gino Germani- Institut des Hautes Études de L’Amérique Latine- Homo Sapiens Ediciones.

- Jelin, Elizabeth (comp.), (1985) *Los nuevos movimientos sociales/1. Mujeres. Rock nacional*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Novaro, Marcos (2002) (comp) *El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- Offe, Claus, (1988) *Partidos políticos y movimientos sociales*, Madrid, Editorial Sistema.
- Palermo, Vicente y Novaro, Marcos, (1996) *Política y poder en el gobierno de Menem*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- Soprano, Germán ,(2003) *Formas de organización y socialización en un partido político. Etnografía sobre facciones, alianzas y clientelismo en el peronismo durante una campaña electoral*, Tesis de Doctorado en Antropología Social, Universidad Nacional de Misiones.
- Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián, (2003) *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Tcach, César, (1996) “Partidos políticos y dictadura militar en Argentina (1976-1983)”, en S. Dutrenit (coord.), *Diversidad partidaria y dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay*, México, Instituto de Investigaciones Mora, pp.25-88.
- Touraine, Alain, (1984) *Los movimientos sociales*, Buenos Aires, Editorial Almagesto.
- Wolf, Eric, (1980) “Relaciones de parentesco, de amistad y de patronazgo en las sociedades complejas”, en M. Banton (comp.), *Antropología social de las sociedades complejas*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 19-39.